

## EL DRAGO DE CÁDIZ EN UN BRONCE SAMIO DEL SIGLO VII A. C.

POR J. RAMÓN CORZO SÁNCHEZ

La identificación de los dragos gaditanos en la escena de la lucha de Heracles y Gerión sobre un bronce arcaico de Samos permite deducir que los griegos del siglo VII a. C. conocieron directamente el paisaje del Heracleion de *Gadir* y las imágenes que se relacionaban con este episodio mítico; hubo un intercambio de relatos y de iconografía desde épocas muy antiguas. En otras representaciones del mismo tema en obras griegas, chipriotas y etruscas se observan imágenes inspiradas por la forma singular de los árboles de Cádiz y episodios que debieron ser narrados en relatos similares a la Gerioneida de Estesícoro de Himera

The identification of the dragoon trees of Cádiz in the scene of the fight of Heracles and Gerion on a archaic sheet of bronze from Samos, gives us the hint that Greek people of the VIIth century b. C. knew directly the landscape of the Heracleion of "Gadir" and the images related to that mythical incident: there was an interchange of stories and iconography between the two remotest parts of the Mediterranean sea since very ancient times. In other representations of the same motif on Greek, Chipriot and Etruscan works, images inspired by that peculiar shape of the Cádiz trees can be seen, and stories that should be narrated in a similar way to the Gerioneis of Stesichorus of Himera.

El paisaje de la costa gaditana y la extensión insondable del Océano causaron una impresión muy profunda en los antiguos marineros del Mediterráneo; era un litoral hermoso y singular ante el que se abría un piélago embravecido que infundía el temor habitual ante lo inexplicable o lo desconocido; la naturaleza era distinta y el hombre podía creer que sus peculiaridades se debían a la acción directa de seres sobrenaturales; aún en nuestros días podemos revivir esa impresión.

En el otoño de 1997 una racha de lluvias intensas hizo que creciera el Guadalete y arrastrara con su corriente la vegetación de las orillas, animales ahogados y restos de muebles y enseres que debían pertenecer a humildes chozas de sus márgenes; a los pocos días hubo "mar de fondo" y las olas arrojaron a la playa de Cádiz todo lo que le había traído el río, junto con restos de flora y animales marinos, hasta crear un paisaje dantesco, como si el Océano quisiera devolver las basuras que le había enviado la Tierra (Figura 1). Se veían por doquier cañas y ramas en haces entrelazados,

calabazas, pimientos, nueces y muchísimas bellotas (era el tiempo de la montanera); había también troncos gruesos, tablones, restos de cercados, chapas de lata y de uralita, ladrillos y materiales de construcción. Entre los animales ahogados y en parte comidos por los peces o descompuestos y deformados por la acción del agua, había grandes tortugas, cazones y marrajos, pero también liebres, cabras, un ternero, aves irreconocibles y despojos de huesos y pieles.

Aquéel espectáculo me hizo recordar los relatos antiguos sobre los terrores del Océano recopilados por García y Bellido<sup>1</sup>; un fenicio o un griego que hubiera visto así la playa, no hubiera dudado en pensar que el Océano estaba habitado por animales monstruosos con rasgos mezclados de seres terrestres y marinos, que en él crecían plantas de todo tipo, con frutos como las bellotas que alimentaban a los atunes o “cerdos del mar”, que en sus entrañas había restos de edificios antiguos y de ciudades sumergidas, y, si algún ser humano, marinero o campesino, había sufrido la misma suerte que los animales, no sería difícil que se reconociera en su cuerpo informe a un tritón, una nereida o una sirena.

El relato de Kleón de Magnesia referido por Pausanias (X, 4, 6) sobre un hombre marino de cinco yugadas de longitud que ardía en la playa de Cádiz por el rayo que le había arrojado Heracles, podría ser el de un simulacro ceremonial, similar a los ritos que se celebraban en Tiro, aunque también parece guardar relación con otra historia recogida por Plinio (IX, 10) de un hombre marino colosal que subía por la noche a los barcos de los gaditanos<sup>2</sup>. Uno u otro relato, independiente de su origen, podría ser corroborado cualquier año que la marea decidiera cubrir la playa de monstruosos despojos.

A pesar de que el geógrafo griego Piteas estuvo en Cádiz hacia el año 330 a. C. y observó la relación de las mareas con las fases de la Luna, toda la cultura de la Antigüedad Clásica siguió prefiriendo ver en el fondo del Océano Gaditano a un ser cuya acompasada respiración hacía subir y bajar el nivel de las aguas y cuyos enfados tenían graves consecuencias para los habitantes del litoral<sup>3</sup>. La aspiración y la espiración del Océano situaba a los navegantes sobre un personaje de comportamiento imprevisible, pero también les servía para entender o para explicar fenómenos realmente maravillosos.

En cualquier caso, el Atlántico era tan profundo y misterioso como para alimentar todo tipo de historias fabulosas, y pudo convertirse en un ser vivo y real con su propia personalidad y genealogía, padre de varias generaciones de seres maravillosos que habitaban en sus orillas o en su propio interior. El Mediterráneo, un mar bien conocido y más pacífico, era tan familiar y próximo que nunca llegó a reconocerse como un ser individual, sino como el soporte de las navegaciones comunes, cuyas aguas agitaban Poseidón o Eolo, pero que no tenía vida propia. El descubrimiento del Océano debió

---

1. A. García y Bellido, “Casos y cosas de la España antigua (Bulos de hace dos mil años)”, estampa XXII de las *Veinticinco estampas de la España antigua*, Madrid, 1967, p. 165 ss.

2. A. García y Bellido, “Hercules Gaditanus”, *AEspA*, XXXVI, 1963, p. 129 ss.

3. A. Schulten, *Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica*, II, Madrid, 1963, p. 134 ss.

servir para completar la comprensión del origen y la estructura del mundo: “*aquellos marinos del lago mediterráneo se hallaron de improviso ante las vastedades inmensas de un océano sin orillas, ante un nuevo mar de ceño severo, de agrio gesto, muy distinto del plácido y luminoso Mediterráneo*”<sup>4</sup>.

Es conveniente recordar que la estructura esencial de la Teogonía de Hesíodo y de todas las antiguas ideas cosmogónicas griegas partían de considerar al Cielo, la Tierra y el Océano como los tres elementos esenciales que habían generado al resto de los dioses, y esta teoría sólo podía fundarse en el conocimiento de un Mar Exterior sin límites, no en la contemplación del pequeño y limitado Mar Interior.

Fue, por tanto, a partir del conocimiento del Océano Atlántico, al que los antiguos llamaban con frecuencia Gaditano, cuando los relatos míticos adquirieron una vertebración definitiva y coherente; allí podía situarse la residencia de las hijas de la Noche y estaba el fin de la Tierra al que había llegado Heracles en sus expediciones más arriesgadas. Suele decirse que el progreso de las navegaciones hacia Occidente hizo que se desplazara con ellas el escenario de los antiguos mitos, y que el Hades, las Hespérides o los rebaños de Gerión también navegaron por el Mediterráneo hasta encontrar en la costa gaditana su emplazamiento definitivo, pero en cualquier relato mitológico hay siempre unos elementos tomados de la realidad que sirven de soporte a su imagen.

Creo que sólo el conocimiento directo del Océano y la costa gaditana permitió dar su forma definitiva a estas narraciones, y que parte de su contenido puede tener origen tanto en la realidad natural como en las propias ideas y mitos que los antiguos habitantes de nuestra región transmitieron a los visitantes orientales. Junto a las fuentes escritas, que suscitan difíciles controversias, deben observarse los testimonios artísticos en los que una imagen puede valer, efectivamente, más que mil palabras, y de una imagen singular, que nos acerca al paisaje antiguo de Cádiz, me parece que pueden obtenerse nuevos puntos de vista sobre el carácter real de las relaciones antiguas entre los dos extremos del mundo mediterráneo y sobre lo que cada uno aportó a la formación de una explicación común de su propio pasado.

Los hallazgos arqueológicos demuestran que ya en la Edad del Bronce se realizaban navegaciones más allá del Estrecho de Gibraltar, pero hasta el primer milenio antes de Cristo no se hicieron estables los asentamientos costeros ni se estableció el sistema regular de comercio, cuya gran metrópolis fue siempre Cádiz. Dos tradiciones culturales distintas, la fenicia y la griega, conservaron el recuerdo de los primeros contactos entre ambos extremos del mundo entonces conocido; las noticias de los fenicios formaban parte de la historia de su expansión colonizadora que se mantuvo viva hasta la decadencia de Cádiz en el siglo IV de nuestra Era, las de los griegos se convirtieron en relatos míticos, vinculados a las expediciones de Heracles, a las aventuras de los *nostoi* y a los afortunados negocios de samios y focenses; en estos relatos se contienen

---

4. A. García y Bellido, *Veinticinco estampas...*, p. 165.

muchas indicaciones de interés etnográfico y también sobre los fenómenos naturales que resultaban más insólitos.

Lo poco que sabemos de la tradición histórica fenicia es lo recogido por Estrabón como testimonio conservado entre los propios gaditanos, y en esa tradición está la fecha remota del año 1104 a. C. para la expedición fundadora de los tirios en la que se pusieron los cimientos del templo de Melkart y de la propia *Gadir* en los extremos de la isla<sup>5</sup>; ya en esta versión es necesario diferenciar lo que realmente pudieron contar los gaditanos y lo que los geógrafos griegos transcribieron desde su propio punto de vista, puesto que Estrabón (III, 5, 5) habla de un oráculo que ordenó crear la colonia fenicia más allá de las Columnas de Heracles, aunque es más lógico que la expedición de los tirios se basara, en todo caso, en sus propios mitos y no en los griegos, por lo que para ellos el Estrecho debería relacionarse con la gesta de una divinidad propia, como Melkart, y no con los trabajos del héroe tebano.

Todo lo transmitido por Estrabón intenta conciliar la tradición fenicia y los mitos griegos, lo que es buen ejemplo de un empeño que se ha seguido hasta nuestros días, en el que la reinterpretación de los textos parece que puede ofrecer pocas novedades, ya que siempre habrá quien dude de la procedencia de los datos y de las intenciones de los escritores; queda la posibilidad de una novedad epigráfica o de algún fragmento literario desconocido rescatado de los papiros, como los versos recuperados de la *Gerioneida* de Estesícoro de Himera<sup>6</sup>, pero siempre serán datos concisos que suscitarán nuevas controversias. Sin embargo, en el terreno de los materiales iconográficos podemos encontrar informaciones inesperadas en las que es necesario aceptar su carácter de evidencia, real y precisa, de unas imágenes creadas en momentos muy remotos, que han llegado hasta nosotros sin las posibles interpolaciones interesadas de sus transmisores.

## EL NUEVO BRONCE DE SAMOS

En 1983 se encontró en Samos una magnífica representación de la lucha de Heracles y Gerión sobre una gran lúnula metálica<sup>7</sup>; se trata de una fina chapa de bronce de 53 centímetros de longitud, que pudo formar parte del atalaje de un carro votivo; la forma de la pieza es un arco de círculo que se estrecha hacia los extremos, y está enmarcada por un borde liso, pero carece de orificios para la sujeción, por lo que debió ir embutida sobre una base de madera o cuero; las figuras están repujadas en la lámina metálica con una admirable precisión y sus detalles se complementan con pequeñas cinceladuras superficiales como aún se sigue trabajando la plata en la orfebrería

5. A. García y Bellido, "Icosae Gades", *BRAH*, 129, 1951, p. 82 ss. La discusión sobre la falta de concordancia entre esta fecha y la documentación arqueológica es una polémica estéril que sólo interesa a gente ociosa.

6. D. Page, "Stesichorus: The Gerioneis", *JHS*, XCIII, 1973, p. 138 ss.

7. Ph. Brize, "Samos und Stesichoros. Zu einem früharchaischen Bronzeblech", *AM*, 100, 1985, p. 53 ss.

tradicional andaluza. La placa tiene algunas arrugas y dobleces, así como cuatro lagunas en las que se han perdido partes significativas y otras roturas menores, pero el sentido general de la composición y la fisonomía de sus participantes pueden apreciarse con toda claridad (Figura 2).

La escena muestra en el centro a Gerión, con sus tres cabezas tocadas de cascos jónicos galeados y el cuerpo cubierto por tres escudos circulares superpuestos, que avanza hacia Heracles; tras sus dos piernas, calzadas de grebas, yace el perro Orthros, una de cuyas dos cabezas, está atravesada por una flecha. Heracles recibe en pie el ataque de Gerión y sostiene el penacho del casco de una de sus cabezas con la mano izquierda, mientras que con la otra dirige la espada hacia su cuello; otra de las cabezas del rey tartésico está inclinada hacia atrás, con los ojos cerrados, y sobre ella se aprecian las barbas de las plumas extremas de una flecha que debe haberse clavado en la frente y se ha perdido en la rotura de la placa; se aprecia parte del brazo y el extremo de los dedos de la mano que debía llevarse a la herida; la tercera cabeza de Gerión está erguida en el centro y mira hacia Heracles.

La actitud de cada uno de los brazos correspondientes a los tres torsos de Gerión puede deducirse de la posición de sus armas: al tronco de la cabeza muerta pertenece el brazo doblado sobre la frente y el que sostiene el escudo desplazado hacia detrás; del torso central, con la cabeza erguida, son el brazo que sostiene el escudo delantero y el de la mano alzada con una lanza tras las cabezas, mientras que al torso de la tercera cabeza, que ase Heracles por el penacho del casco, le pertenecen el brazo del escudo más adelantado, cuya mano, con una lanza, se ve en el primer plano, y el de la mano que intenta retener el brazo de Heracles.

El héroe griego tiene todo el cuerpo cubierto por la piel de león cuya cabeza le sirve de casco y lleva a la espalda un capazo alargado con nervios horizontales del que sale un capirote puntiagudo, curvado hacia detrás y rematado en una borla. Heracles viste un faldellín corto decorado con bandas reticuladas y también está provisto de grebas en las piernas; su espada luce un gran pomo en forma de creciente lunar y la piel de león parece estar anudada delante del pecho; el rostro de Heracles se complementa con una barba prominente de punta rizada.

Detrás de Gerión está su boyero, Eurytion, tendido en el suelo, con las piernas flexionadas, el brazo izquierdo extendido y el derecho alzado hasta la frente en que lleva clavada una flecha; viste un faldellín reticulado, como el de Heracles, y tiene el torso cubierto con un coselete de mangas cortas decorado con bandas de estrellas; no lleva grebas ni casco y su cabello es largo, ceñido por una cinta desde la frente, en la que muestra un pequeño rizo, hasta la nuca; la figura de Eurytion es de tamaño algo superior a las de los contendientes.

Los dos extremos de la lúnula contienen animales y motivos vegetales; en el fondo liso de la chapa hay rosetas y ruedas de puntos de diversos tamaños, que rellenan proporcionadamente los espacios vacíos. Detrás de Eurytion hay un árbol de tronco sinuoso, hendido por un surco central y relleno por dos filas de puntos, que se riza hacia el exterior en dos volutas simétricas, de las que la más alta sostiene a una rapaz

falconiforme con el cuello vuelto hacia atrás; de la otra voluta parece salir un tallo grueso que se remata en un abanico de hojas puntiagudas, aunque éste podría pertenecer a otro tronco del que parece verse un trazo de la base en la rotura que hay junto a la cabeza de Eurytion. Detrás del árbol pacen dos cabras hispánicas de cuernos nudosos, y sobre ellas vuela otra rapaz semejante a la primera, vista desde abajo, de modo que puede observarse una de sus patas recogida bajo el cuerpo.

En el extremo opuesto hay un grupo de cinco toros cuyo tamaño disminuye hacia la zona más estrecha; el menor parece iniciar la carrera y los otros cuatro forman dos parejas y caminan adelantando las patas del lado izquierdo; las cabezas de los toros se alternan, dos hacia delante y tres vueltas para mirar hacia la escena de lucha y la posición de las colas también se contraponen, una alzada y la otra recogida entre las patas. Hay un árbol similar al del otro extremo, del que falta el arranque del tronco y que se dispone entre la figura de Heracles y el mayor de los toros; la copa es también un penacho de hojas puntiagudas en abanico que se abren en dirección opuesta a la del tronco, por lo que debía tener la base sobre un rizo o voluta, perdido en una laguna de la chapa.

Sobre la figura tendida de Eurytion se dispone otro árbol de fisonomía distinta; su tronco es vertical, de perfil ondulado y la copa está formada por tres vástagos lisos cubiertos de pequeños trazos laterales, que se pierden en el borde superior de la lámina de bronce. Mientras que los árboles de tronco curvado y copa en abanico guardan cierta semejanza con una palmera retorcida, este tercer árbol, situado en un lugar más destacado ofrece un tronco que sólo puede identificarse con el del drago (*dracaena draco*), una de las maravillas naturales de Cádiz que era bien conocida en la Antigüedad y se vinculaba, precisamente con Gerión. Puede compararse el dibujo de la placa de Samos con uno de los bellos ejemplares que se levantan ante la puerta de nuestra Facultad, sembrados hace una treintena de años por el profesor Morales Padrón en recuerdo de la especie más famosa de la flora canaria (Figura 3), pero su fisonomía y variedades reúnen tantas curiosidades que se hace necesario recordar lo que nos dicen del drago las fuentes clásicas.

## EL DRAGO GADITANO

Filóstrato, en la *Vida de Apolonio de Tiana* (V, 5), recoge, entre las cosas maravillosas e inexplicables que contenía el templo de *Hercules Gaditanus* la siguiente descripción: “*También afirman que vieron allí unos árboles como los de ningún otro lugar de la tierra, y que los llaman “gerioneos”, así como que hay dos que crecen sobre el túmulo que se alza sobre Geriones, siendo otra variante en especie del pino y del pino marítimo, y que destilan sangre, como el chopo heliade, oro*”<sup>8</sup>. Esta cita establece la relación directa entre un monumento gaditano (túmulo) que recordaba

8. Traducción de Alberto Bernabé Pajares en Biblioteca Clásica Gredos, 18, Madrid, 1979, p. 283.

la muerte de Gerión y un tipo de árbol cuya singularidad era destilar una extraña savia de color rojo como la sangre.

Estrabón (III, V, 10), más preocupado por la identificación precisa de las especies botánicas, recogió esta descripción: “*Posidonio habla también de un árbol que hay en Gádira con las ramas dobladas hasta el suelo, cuyas hojas ensiformes miden a menudo un codo de longitud y cuatro dedos de anchura.../... Sobre el árbol de Gádira se cuenta además que al romperse una rama brota leche, y cuando se corta una raíz sale un jugo bermellón*”<sup>9</sup>. A los datos de Posidonio le añade Estrabón que ha conocido en Egipto un árbol similar al gaditano por la curvatura de las ramas, pero sin frutos.

Como Estrabón relaciona este árbol gaditano con especies vegetales cuyas hojas se aprovechaban como fibras textiles, parece que también puede referirse a la misma planta Aristóteles<sup>10</sup> cuando habla de un acanto textil de *Erytheia*, es decir, de la isla menor del archipiélago gaditano que conservaba en época romana el nombre de la hespéride Eritia, madre de Eurytion, el boyero de Gerión. De otra parte, Licofrón y Pausanias, sabían que el árbol de Gerión destilaba sangre y el comentario de Servio a los versos de Virgilio en la Eneida (VII, 662) atribuye el nacimiento del extraño vegetal a la sangre derramada por el propio Gerión, lo que justificaría su localización sobre la tumba y el color de su extraña savia<sup>11</sup>.

Otros autores antiguos se fijaron esencialmente en las propiedades de la savia del drago como tinte y sustancia medicinal; por su color rojo se relacionaba con el cinabrio y como “sangre de dragón” se le atribuían propiedades curativas diversas, esencialmente para la dentadura. También se conocía en la Antigüedad que esta sangre de dragón se obtenía en las Islas Afortunadas, es decir, en las Canarias, donde el drago es una de las especies vegetales más representativas con carácter de árbol nacional; el famoso ejemplar de Icod de los Vinos, en Tenerife, es el de mayor tamaño en la actualidad, pero se recuerdan otros inmensos, como el de la Orotava, que soportaba en su copa una mesa de catorce comensales<sup>12</sup>.

San Isidoro (*Etym.* XIV, 6, 7), basándose quizás en Plinio, decía que la savia del árbol de Cádiz se convertía en gemas al secarse y vitrificarse<sup>13</sup>, y al-Himyarí copió la misma noticia en época medieval<sup>14</sup>; ambos citan al árbol maravilloso como existente en Cádiz con independencia de las alusiones míticas. Tras ellos pueden relacionarse los comentaristas de Dioscórides y los tratadistas de farmacognosia moderna, que conocen diversas plantas de uso y nombre similar, aunque de distintas procedencias y familias; así, se cita un *Calamus Draco* de la India, perteneciente a las palmáceas, y un *Pterocarpus Draco*, dentro de las leguminosas de América del Sur, con similares

9. Traducción de María José Meana Cubero en Biblioteca Clásica Gredos, 169, Madrid, 1992, p. 131.

10. A. Schulten, *op. cit.*, p. 394.

11. *Ibidem*, p. 395.

12. J. de Viera y Clavijo, *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, (Ed. de M. Alvar, Las Palmas, 1982, p. 161.

13. A. García y Bellido, “*Locosae...*”, p. 102.

14. P. Martínez Montávez, *Perfil del Cádiz hispano-árabe*, Cádiz, 1974, p. 13.

características al *Dracaena Draco* de las liliáceas canarias<sup>15</sup>. El sevillano Monardes obtuvo las semillas de un drago americano que le proporcionó el obispo de Cartagena de Indias y se propuso sembrarlas, aunque nada dice del resultado de su ensayo; es sorprendente su dibujo de la sección de una de aquellas semillas, en la que representó con toda ingenuidad el perfil de un pequeño dragón, de largo hocico y lomo erizado; con este punto de partida, puede comprenderse que todas sus restantes observaciones tengan poca fiabilidad<sup>16</sup>; sólo puede retenerse que el nombre de “dragón” se ha aplicado desde la Antigüedad a un árbol singular de savia roja, a la que se atribuyen poderes maravillosos y que es sustancia apreciada por su rareza, pero la escasez de ejemplares lleva a confusiones y fabulaciones de todo género.

Schulten y García y Bellido, en los textos ya citados, coinciden en que el nombre de “drago” para el árbol y “sangre de drago” para su savia le vienen del aspecto de su tronco y ésta parece ser la impresión dominante en todos los que lo describen entre los que selecciono las frases del naturalista canario:

“... la traza del tronco, rollizo, y taraceado de las cicatrices de las hojas que se han caído, a semejanza del cuerpo de una gran culebra, coronado de la copa erizada como de una cresta”<sup>17</sup>.

Parece que esas huellas de las hojas caídas son las que se representan en el tronco del árbol dibujado en el bronce de Samos, al igual que coincide, casi literalmente, la descripción de las hojas por el mismo Viera con la de Posidonio transmitida por Estrabón: *...su bella copa, siempre verde, recogida, redonda y como erizada, de unos espesos gajos, lampiños en su arranque, y luego vestidos de muchas hojas lisas, largas de un codo, y anchas de dos pulgadas, que van en disminución hasta rematar en punta a manera de espada,...*

Si en el bronce de Samos el tronco característico del drago se parece con toda exactitud al árbol que se encuentra sobre la figura de Eurytion, su copa guarda una relación más clara con la de las extrañas palmeras retorcidas que separan al grupo de contendientes de los animales de los extremos, de modo que la transmisión de la fisonomía de la planta desde Cádiz al broncista debió contar tanto con un modelo dibujado como con una descripción literaria, que reinterpretó.

En cualquier caso, las singularidades del drago son tantas que aún en nuestros días se ofrecen dudas a los naturalistas sobre su forma de crecimiento y reproducción; tanto los autores antiguos como los modernos plantean interrogantes sobre si el drago produce o no frutos y semillas y se admiran de su longevidad.

Al parecer, la floración de los dragos no se produce sino cada quince años y es éste también el momento en que se ramifican, pero no con absoluta regularidad, puesto

15. R. Serrano y F. Vera, *Tratado elemental de materia farmacéutica vegetal*, Granada, 1935, p. 111 ss.

16. N. Monardes, *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven de medicina*, Sevilla, 1574, p. 78 ss.

17. J. de Viera, *loc. cit.*



que hay ejemplares de gran tamaño que conservan sólo el fuste principal del tronco sin ninguna derivación durante muchos años, y otros que ofrecen pronto múltiples ramas entrelazadas, como los más famosos de Tenerife. Un reciente estudio de estas peculiaridades en los ejemplares de Gibraltar ha llevado a la conclusión de que cada vez que se produce la aparición de los ramos de flores en lo más alto de la copa y maduran sus pequeños frutos rojos, suelen ser consumidos por algunas especies de aves que propagan luego las semillas en su excrementos y producen la aparición de nuevos ejemplares; mientras el árbol permanezca estéril, durante otros catorce años, ningún pájaro se asentará sobre sus picudas hojas. En el caso de Gibraltar las aves que monopolizan el consumo de los frutos e impiden la presencia de otras especies son las gaviotas de patas amarillas, mientras que en Canarias realizan esta función los estorninos negros y los mirlos<sup>18</sup>.

En Cádiz subsiste un ejemplar de drago de gran tamaño que es descendiente del que existía hasta el siglo pasado en la huerta del convento de San Francisco; se trata del que ocupa con sus frondosas y enredadas ramas el compás antiguo del mismo convento hacia el callejón del Tinte (Figura 4), que yo he visto florecer en dos ocasiones; hoy le acompañan una gran araucaria y un olivo, así como un concurrido aparcamiento de automóviles de la Escuela de Artes y Oficios, todo lo cual pone en peligro su pervivencia. En el centro de la actual Plaza de Mina<sup>19</sup>, estuvo su progenitor, de gran tamaño y antigüedad, que “*murió de mano airada, y fue sepultado su cadáver en uno de los pozos que hay en la plaza*”<sup>20</sup>; los viajeros y los historiadores locales gaditanos citan otros dos hermanos del ejemplar del Tinte que estaban, uno en el convento de Capuchinos<sup>21</sup> y otro en la Facultad de Medicina<sup>22</sup>.

El primero debió perderse también hace tiempo; el segundo era el bello ejemplar conocido y reproducido por García y Bellido en su *locosae Gades*, antes citada, que hace pocos años corrió igual suerte que su predecesor en unas obras de “rehabilitación” que cortaron sus raíces superficiales y terminaron con su frágil estabilidad; el famoso árbol ha sido reducido a un macabro simulacro de ramas cortadas cuya contemplación produce auténtico espanto y es sólo monumento a la incuria de sus cuidadores; pueden repetirse hoy con tanto fundamento como el siglo pasado las frases del mencionado Enrile: *...no tuvieron presente el mérito de este árbol .../... hasta para destruir es necesario gusto y talento...* Igual suerte puede esperarle al del callejón del Tinte, que se inclina progresivamente y está asfixiado por el pavimento del aparcamiento; sería

18. J. Cortés, “The Dragon Tree *Dracaena Draco* (L.)L. naturalised in Gibraltar”, *Almoraima*, 11, 1994, p. 183 ss.

19. R. Corzo Sánchez, “Aportaciones a la historia urbanística de Cádiz. El edificio de la Academia y el Museo”, *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, 5, 1987, p. 108.

20. P. Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1845-1850, t. V, p. 173. c. 1; nueva edición de la parte correspondiente a la provincia de Cádiz preparada, ordenada y corregida por R. Corzo y M. Toscano San Gil, Cádiz, 1987, p. 171.

21. A. Ponz, *Viage de España*, t. XVII, Madrid, 1792, p. 339.

22. J. N. E. (Enrile), *Paseo histórico-artístico por Cádiz*, Cádiz, 1843, p. 58.

conveniente que antes de su desaparición se estudiaran, al menos, sus características botánicas por si pudiera reconocerse en él algún rasgo distinto a los de los canarios, ya que puede ser el último vástago de los dragos existentes en Cádiz desde hace casi tres mil años, cuya continuidad avalan suficientemente los textos.

En cualquier caso, el drago se revela como un árbol especialmente delicado y de difícil reproducción; Enrile<sup>23</sup> auguraba hace siglo y medio un mejor futuro a los dos hijos del primitivo, que hoy ya no existen, y defendía su autenticidad y correspondencia con el descrito por Estrabón y Filóstrato; sin embargo, los eruditos gaditanos más antiguos se limitaron a copiar las noticias de los clásicos sin proponer su identificación con ningún ejemplar que ellos reconocieran, y sólo mencionan sus llamativas peculiaridades y su relación con Gerión y con el templo de *Hercules Gaditanus*<sup>24</sup>.

En las excepcionales características biológicas del drago están algunas razones de la admiración que causaba en la Antigüedad y las imprecisiones de su descripción, tanto en los textos como en el bronce de Samos. Un árbol que aparte de tener el tronco retoñido y la savia roja, puede o no ramificarse y producir flores y frutos cada quince años y que es entonces cuando le visitan ciertos pájaros, debía llamar poderosamente la atención; si a ello se une que alguno de sus escasos ejemplares se elevaba precisamente en un lugar preminente del área sagrada del Herakleion gaditano, resultaba inevitable relacionar tan maravillosas propiedades con la lucha mítica entre Gerión y Heracles. Que el autor del bronce de Samos estaba al corriente de todo ello se pone de manifiesto en la singularidad de sus dibujos, que no pueden explicarse como una versión especial de un olivo, como propone Philip Brize en su edición de la pieza (vide nota 7), y menos aún como “el sabor oriental de un exuberante paisaje vegetal” o “un paisaje exótico y exuberante con palmeras”<sup>25</sup>.

El bronzista tuvo presente noticias muy precisas de cómo era el paisaje en el que se suponía que había tenido lugar el episodio y entre ellas estaban datos más concretos que los proporcionados por las fuentes literarias posteriores, incluso, posiblemente, el dato de que sólo de tiempo en tiempo, algunas aves se posaban en la erizada copa del extraño árbol, lo que podría tener una interpretación augural, dada la importancia del vuelo de las aves en la predicciones de los oráculos antiguos.

El bronce de Samos, con el reconocimiento en él de una representación fidedigna del paisaje gaditano, adquiere una importancia mayor de la que ya posee por su singular iconografía del combate heroico. Para su editor, que ha estudiado con profundidad el tema de la lucha de Heracles y Gerión en el arte griego arcaico<sup>26</sup>, la pieza debe

23. *Ibidem*, p. 59.

24. A. de Horozco, *Historia de la ciudad de Cádiz*, (manuscrito de 1598), Cádiz, 1845, p. 37; J. B. Suárez de Salazar, *Grandezas y antigüedades de la Isla y ciudad de Cádiz* (Cádiz, 1610), ed. facsímil anotada por R. Corzo Sánchez en Cádiz, 1985, p. 67 ss.; Fr. J. de la Concepción, *Emporio del Orbe, Cádiz Ilustrada*, Amsterdam, 1690, p. 86.

25. R. Olmos, “Los griegos en Tartessos”, *Tartessos*, Sabadell, 1989, p. 504, y en la ficha de la pieza para el catálogo de la exposición *Los griegos en España*, Madrid, 1998, p. 260.

26. Ph. Brize, *Die Geryoneis des Stesichoros und die früh griechische Kunst, Würzburg*, 1980.

fechase a fines del siglo VII antes de Cristo por razones estilísticas y contiene datos distintos y más cercanos al texto de la *Gerioneida* de Estesícoro que las representaciones de la misma escena en la cerámica arcaica.

El poema de Estesícoro, cuyo eco se identifica en la *Bibliotheca* de Apolodoro, trataba con detalle muchos aspectos del paisaje gaditano y mostraba cariño y comprensión hacia Gerión<sup>27</sup>; las diferencias entre Apolodoro y los fragmentos de Estesícoro indican que éste último hacía una descripción de la lucha más cercana a la imagen del bronce de Samos, por ejemplo, cuando señalaba que Heracles se valió de sus flechas para evitar en principio el choque cuerpo a cuerpo; efectivamente, Orthros, Eurytion y una cabeza de Gerión aparecen asaeteadas en la lámina de bronce, mientras que Apolodoro creía que Heracles les había golpeado con la clava. Con todo, los versos conocidos de Estesícoro resultan insuficientes para explicar todas las diferencias entre el bronce de Samos y las numerosas representaciones sobre cerámica arcaica<sup>28</sup>, que sí tienen una relación clara con el texto de Apolodoro.

Los estudios de E. Zervoudaki<sup>29</sup> y Ph. Brize<sup>30</sup>, destacan al bronce de Samos como un modelo singular por su iconografía, dentro de un repertorio de variantes aún poco explicadas. En las pinturas sobre vasos se observan detalles muy variados, pero todas las realizadas en época arcaica incluyen a los personajes principales en acción y el relato coincide esencialmente con el texto de Apolodoro; sin embargo, hay otra versión, en el ámbito de la escultura chipriota, en la que Gerión aparece aún indemne; a ella corresponden una serie de estatuas de mediano tamaño, algo toscas, en las que Gerión ofrece en el frente de los escudos escenas complementarias del relato y, quizás, otras estatuas de la misma isla con Heracles en actitud de golpear a su enemigo con la clava<sup>31</sup>. Parece que las dos versiones de la escena corresponden al desarrollo independiente en la Grecia continental y en Chipre de unos precedentes comunes entre los que estarían el bronce de Samos y otras piezas de bronce, marfil o piedra, del siglo VII a. C.

Un relieve chipriota de la colección Cesnola (Figura 5), hallado en Golgoi y conservado en el Museo Metropolitano de Nueva York<sup>32</sup>, muestra a Eurytion con un tratamiento singular; aquí es un personaje barbado y rudo, cubierto por una capa y provisto de un grueso tronco de árbol rematado en largas ramas con nervio central y profusas acículas laterales, semejantes a las hojas de los pinos; el tipo de ramas es parecido al de las tres que rematan el tronco del drago dibujado sobre Eurytion

27. Véase el clarificador comentario de la *Gerioneida* por A. Blanco Freijeiro en *Los iberos* (Historias del Viejo Mundo, 16), Madrid, 1988, p. 44 ss.

28. M. Robertson, "Geryoneis: Stesichorus and the Vase-Painters", *CQ*, 19, 1969, p. 207 ss.

29. "Eurytion II", *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, Zurich y Munich, 1988, t. IV, 1, p. 112 ss.

30. "Geryoneus", *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, Zurich y Munich, 1988, t. IV, 1, p. 186 ss.

31. V. Karageorghis, "Del' adaptation et de la transformation de la mythologie grecque a Chypre durant les périodes archaïque et classique", *Mythologie gréco-romaine, mythologies périphériques*, París, 1981, p. 77 ss.

32. L. P. di Cesnola, *Cyperm, seine alten Städte, Gräber und Tempel*, Jena, 1879, lam. 24.

en el bronce de Samos y debe recordarse que a Filóstrato le parecía el drago una especie de pino, por lo que ambas imágenes pueden tener una procedencia común. La acción de Eurytion en este relieve parece ser la de alejar al ganado de Heracles, mientras éste, representado a mayor tamaño, dispara sus flechas a un perro de tres cabezas, pero no sabemos nada de un texto en el que Eurytion utilizara el tronco de drago como posible arma defensiva o intentara alejar al rebaño de Heracles. Desde luego, el estilo del relieve, con el tropel desordenado de toros, vacas y terneros, la organización de los dos registros superpuestos, los gestos y la musculatura de los personajes están más cerca de la plástica asiria que del arcaísmo griego; la representación del perro Orthros con tres cabezas, como su hermano Cerbero, señala unas fuentes iconográficas distintas, en las que aún no había sido necesario diferenciar a los dos canes, y también un relato desconocido.

En algunos vasos arcaicos Eurytion también se representa viejo y barbado; en cuanto a su vestimenta, puede aparecer desnudo, con prendas rústicas o con atuendo de guerrero; hay pinturas en las que ya está muerto y otras en las que se inclina sobre el suelo como si intentara aún intervenir en la pelea con un garrote o una espada; en varios casos se cubre con un gorro picudo y en otros lleva colgado de los hombros un capazo semiesférico del que parece querer extraer algún objeto; este cesto o bolsa de Eurytion se parece al que utiliza Perseo en otro relieve chipriota para llevarse la cabeza de Medusa<sup>33</sup>; todo ello, señala que existió una narración en la que Eurytion tenía una actuación más compleja, como único oponente a Heracles, o como auxiliar de Gerión en el momento clave.

En el bronce de Samos, Heracles lleva a la espalda un recipiente que podría ser el carcaj, pero su cubierta con la borla terminal parece de algo cerrado que contuviera objetos menudos. Se puede recordar que en Canarias se llama *ganigo*, al cesto empleado para recolectar la sangre de drago<sup>34</sup>, un término que parece venir directamente del griego *káneion*, al igual que el “canasto” castellano; la bolsa de Eurytion se parece mucho a la que en Andalucía llamamos “macaco” y sirve para recoger frutos; quizás otros de los elementos de la primitiva versión del mito podría aludir a la recolección de la sangre o las frutas del drago, su apropiación por Heracles o su uso por Eurytion; de una transmisión popular del relato podría haber llegado a Canarias el nombre helenizante de tan singular recipiente.

Las escenas que aparecen en una *hydria* de Cerveteri conservada en el Museo del Louvre<sup>35</sup> permiten reconocer otros ingredientes del mito (Figura 6); su editor propone identificar el asunto como el nacimiento de Hermes, pero la extraña planta que contempla el grupo de toros, con su tronco sinuoso que se remata en un abanico de ramas cuajadas de pequeños frutos responde sin dudas a la fisonomía florida del

33. V. Karageorghis, *op. cit.*, lam. VI, 1.

34. R. Serrano y F. Vera, *op. cit.*, p. 112.

35. J. M. Hemelrijk, *Caeretan Hydriae*, Mainz am Rhein, 1984, fig. 4.

drago gaditano y sobre el otro extraño árbol perlado que cobija a los toros corre un conejo, símbolo muy antiguo y exclusivo de Iberia<sup>36</sup>.

La escena que acompaña a estos extraños árboles y a los bueyes parece, efectivamente, la del nacimiento en una cueva, y puede aplicarse tanto a Hermes como al boyero de Gerión, Eurytion, que al decir de Estrabón (III, 2, 11), según el texto de Estesícoro de Himera, había nacido ... *casi enfrente de la ilustre Erýtheia, junto a las fuentes inmensas de Tartessos, de raíces argénteas, en un escondrijo de la peña*<sup>37</sup>. En este caso, el paisaje gaditano estaría representado desde la orilla del Océano hasta la Serranía de Grazalema y la que don Antonio Blanco llamaba "cueva de la natividad"<sup>38</sup> sería una de las cornisas o grutas bajo los imponente riscos del Torreón y el San Cristóbal, en la Sierra del Pinar, o la famosa Cueva de la Pileta en la inmediata Sierra de Líbar, con sus paredes ornadas con bóvidos paleolíticos y pinturas esquemáticas que ha debido ser reconocida siempre como un santuario ancestral.

En la península italiana se desarrolló otro episodio del trabajo de Heracles con los bueyes de Gerión, cuando en la propia Roma, Caco, un ser agreste como el Eurytion del relieve de Golgoi, intentó hacerse con ellos. La conexión de este episodio con tradiciones fenicias muy antiguas y con el culto posterior a *Hercules Olivarius* en el Foro Boario<sup>39</sup>, abre la cuestión de un posible origen común para los textos y las imágenes que tuvieron un desarrollo literario e iconográfico independiente a partir del siglo VI a. C. en Chipre, en Italia y en Grecia. Este origen común, al que estarían muy próximos el poema de Estesícoro y el bronce de Samos, tendría como base fundamental los rasgos auténticos del paisaje gaditano y los relatos que allí se fraguaron por los fenicios sobre la propia tradición local.

Desde luego, el bronce de Samos sirve para comprender que algunos de los griegos que formaron parte de las colonizaciones del siglo VII a. C., ya vieron la singular apariencia del drago elevarse sobre un túmulo misterioso del templo que los fenicios habían dedicado a Melkart en Cádiz, y conocieron historias sobre sus propiedades que pasaron a su propia tradición mítica. Es necesario recordar los textos tartesios de que habla Estrabón (III, 1, 6) y sus reflexiones sobre el conocimiento que Homero tuvo de aquel mundo (III, 2, 11), para ver en este bronce la confirmación de unos contactos reales entre los dos extremos del Mediterráneo que sólo podemos identificar con precisión en las imágenes artísticas.

Entre las primeras impresiones que expresé hace unos años en la edición de la noticia del hallazgo en Cádiz de un grupo de terracotas femeninas<sup>40</sup>, hice referencia

36. A. García y Bellido, *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Madrid, 1967, p. 106 ss. (cap. XIV: El conejo ibérico)

37. Trad. de A. García y Bellido en *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Strábon*, Madrid, 1945, p. 96.

38. A. Blanco Freijeiro. *Los primeros españoles* (Historias del Viejo Mundo, 1), Madrid, 1988, p. 65.

39. F. Coarelli, *Il Foro Boario*, Roma, 1988.

40. A. Álvarez Rojas y R. Corzo Sánchez, "Cinco nuevas terracotas gaditanas", *Boletín del Museo de Cádiz*, VI, 1993-94, p. 67 ss.

a las extrañas devociones que acompañaban a Heracles en su santuario gaditano y causaron la admiración de Filóstrato: *...tienen erigido un altar a la Vejez, y son los únicos hombres que entonan himnos a la Muerte. Hay allí altares a la Pobreza, al Arte, a Heracles egipcio y otros al tebano...*<sup>41</sup> (*Vita Apol.*, V, 4). Según la Teogonía de Hesíodo, la Vejez y la Muerte eran hijas de la Noche y hermanas de las Hespérides, habitantes de una isla en el Océano, más allá de las Columnas de Heracles; el “Arte” en el concepto griego de *techne* es equivalente a la Astucia o el Fraude, otra de las hijas de la Noche según Hesíodo, y su nieta *Ate*, la diosa de las desgracias y los infortunios, puede equipararse también con la Pobreza venerada en Cádiz.

Lo sorprendente para Filóstrato y lo que resultaba insólito en el mundo antiguo y exclusivo de Cádiz, era la veneración a seres temidos o aborrecidos en cualquier otro lugar; sin embargo, aquí eran personajes queridos y sus efigies se mantenían en el Herakleion hasta época romana como puede verse en las monedas de Hadriano<sup>42</sup>, donde aparecen junto a la del Océano, el antepasado de las Gorgonas, una de las cuales, Medusa, compartió la importancia de Heracles en los anversos de las primeras acuñaciones gaditanas.

Parece que todas estas divinidades femeninas nacidas del Océano y de la Noche, habitantes de las islas del Mar Exterior, pasaron al arte antiguo con diversas acepciones adaptadas a los cultos locales, pero algunos de los rasgos iconográficos originarios que muestran las terracotas de Cádiz se conservaron como testimonio de su remoto origen.

La transmisión de sus fisonomías y atributos se hace patente en el conjunto de bustos y estatuas sedentes femeninas de Ariccia, conservado en el Museo de las Termas de Roma<sup>43</sup>; aparte del tipo de peinado y la forma general de los bustos, las “diosas” de Ariccia tienen también pequeñas alas, rizos simétricos o líneas onduladas sobre las diademas (Figura 7), que no han podido ser interpretados por sus editores y se reconocen con claridad en las piezas gaditanas (Figura 8) como los antecedentes de las serpientes que orlan el rostro de Medusa. Son una prueba más de que la difusión del conjunto de mitos vinculados a Cádiz y Tartessos tenía unos contenidos iconográficos propios que se difundieron en épocas muy antiguas por el Mediterráneo y cuyas consecuencias posteriores en el arte resultan inexplicables sin contar con la existencia de las primeras creaciones originales.

El drago de Cádiz puede ser un símbolo del tronco común que ha sido origen de relatos e imágenes muy diversas. Los elementos esenciales del paisaje gaditano que impresionaron a sus antiguos visitantes griegos fueron unas islas expuestas al oleaje en las que crecía un árbol con aspecto de serpiente que exudaba savia roja y del que nacían pequeños frutos similares a piedras preciosas; las explicaciones de los fenicios, que ya habitaban Cádiz, debían unir los mitos locales a sus propias ideas sobre Melkart, tan parecido a Heracles que ambos se identificaron en un sólo *Hercules*

41. Trad. de Alberto Bernabé Pajares en Biblioteca Clásica Gredos, 18, Madrid, 1979, p. 282.

42. A. García y Bellido, “Hércules Gaditanus”,... fig. 39.

43. *Roma medio republicana, Aspetti culturali di Roma e del Lazio nei secoli IV e III a. C.*, Roma, 1973, p. 321 ss.

*Gaditanus*; el ganado retinto, tan deseable como presa, custodiado por enormes mastines, el caudaloso Guadalquivir y el ancho estero del Guadalete, mucho mayores que cualquier río mediterráneo si se exceptúa el legendario Nilo, las montañas plateadas de la Serranía de Grazalema que servían de referencia a unos montes cuajados de ricos metales y los cultos locales a diosas relacionadas con las aves y las serpientes establecieron elementos que, junto a los mitos griegos sobre Heracles, dieron forma a la redacción definitiva de los trabajos occidentales.

Debió existir una narración tartésica extensa cuya trama esencial era el robo de ganado cerca del árbol maravilloso a unos pastores gigantes; la mayor parte de sus ingredientes se aplicaron al trabajo de los bueyes de Gerión, pero otros se incluyeron en el del Jardín de las Hespérides, con su árbol de frutos preciosos custodiado por un dragón y en el de la captura del perro Cerbero en los propios Infiernos. Las diosas tartésicas, que conservaron su carácter amable en Cádiz, quizás como una forma de integración religiosa propiciada por los fenicios, se convirtieron en la referencia genérica a las deidades más temibles y en las madres de todos los monstruos locales del Mediterráneo, tanto de apariencia humana como de forma animal. En la Teogonía de Hesíodo, los últimos vástagos de la estirpe oceánica, nacidos en los antros de la costa tartésica, es decir, en las montañas de la Serranía, eran *Equidna*, la Hidra de Lerna, *Quimera*, la Esfinge y el León de Nemea; no es difícil reconocerlos también en algunas obras de estatuaria ibérica.

El bronce de Samos, el relieve de Golgoi, la hydria de Cerveteri o las terracotas de Ariccia son algunos de los testimonios artísticos de rasgos iconográficos de origen tartésico que no quedaron suficientemente integrados en la redacción final de los trabajos de Heracles; la figura de Medusa se vinculó a la gesta de Perseo, al igual que su hijo Pegaso a Belerofonte, pero las viejas imágenes chipriotas de Gerión aún representaban a todos en el mismo ciclo; el ave que vuela sobre el drago en el bronce de Samos se conservó sólo como símbolo del escudo de Gerión en los vasos arcaicos; la compleja apariencia de Eurytion y su papel en el combate se volvieron tan confusos que el arte del siglo V dejó de tenerlo en cuenta, aunque algo de su fisonomía quedó unido a la de Caco; su madre, la hespéride *Eritia*, o su tías lejanas, *Medusa*, y *Calirro*, unieron sus rasgos a los de diosas de la tierra, que también se representan con serpientes como atributos. El arte clásico no les reservó una iconografía muy nítida, de modo que sólo algunos talleres locales las conservaron con sus atributos, pero la originalidad de las representaciones más antiguas demuestra que hubo un momento en que su imagen era mejor conocida y reproducida.

El estudio de la presencia griega en Occidente a través de las fuentes escritas y de los hallazgos arqueológicos menudos ha llevado a unos propósitos de racionalización muy parecidos a los que ya planteó Estrabón para explicar lo que en su tiempo se había convertido en mitos muy remotos. Es muy probable que esta racionalización se iniciara en el siglo V y que fueran los atenienses quienes más contribuyeron a poner

orden en mitos e imágenes<sup>44</sup>, pero no está tan claro que los contactos anteriores fueran fugaces y que todas las aportaciones a la imagen final procedieran de Grecia. Desde el siglo VII a. C., y quizás desde mucho antes, la realidad del paisaje gaditano y los mitos tartésicos habían estimulado la creación artística y literaria en Grecia, en Chipre, en Italia y en Sicilia. Cuando se intentó dar a todo ésto una forma coherente, la disparidad del desarrollo independiente de las versiones locales obligó a prescindir de algunos datos y a fundir otros; sin embargo, el temible Océano, las plantas prodigiosas o los apetecibles ganados habían entrado ya en los mitos que se intentaba explicar.

Creo que la visión griega de Occidente no se estableció para explicar los mitos propios sino para recuperar e integrar las imágenes y los elementos que habían servido de base a las viejas cosmogonías. Nos queda el testimonio de algunas piezas creadas en los primeros tiempos de aquellas relaciones, como el singular bronce de Samos, que pueden servir para recuperar hoy algo del contenido de los mitos tartésicos. No fueron las historias fabulosas de viajeros ocasionales sino el conocimiento directo y detallado del paisaje tartésico, junto a las narraciones locales, los que sirvieron para fundamentar la idea global del origen de las cosas en unos límites físicos que sólo se alcanzaron plenamente con el descubrimiento del Océano.

En el núcleo esencial de los mitos tartésicos había relatos agrícolas y ganaderos como los de Gágoris y Habis, recogidos por Trogo Pompeyo con todo “el color de un cuento popular y no de una invención erudita”<sup>45</sup>. Quizás el nombre de *Ophiusa* que Avieno (145) aplica a Iberia tenga que ver con el culto a diosas con serpientes en los cabellos. Eran relatos e imágenes bien consolidados en una tradición cultural propia.

Todo ello constituía la cosmogonía tartésica, una interpretación global del mundo sobre la que podía fundarse una verdadera civilización. Debe comprenderse que éste era el carácter auténtico de la vieja Andalucía<sup>46</sup>, la de una sociedad organizada en ciudades, próspera por sus recursos naturales y pacífica en sus costumbres, hasta poder servir de modelo a Platón para describir sobre su paisaje la idílica Atlántida<sup>47</sup>. Otras imágenes de sus dioses y sus héroes, de sus animales y sus árboles han quedado presentes en el arte griego arcaico, como los toros y los dragos del bronce de Samos.

---

44. L. Antonelli, *I Greci oltre Gibilterra*, Roma, 1997.

45. M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, (edición de Madrid, 1948), p. 225.

46. A. Blanco Freijeiro, “Andalucía, país de vieja civilización”, *Nuestra Andalucía*, Sevilla, 1970, p. 49 ss.

47. A. Blanco Freijeiro, *Los iberos*, (Historias del Viejo Mundo, 16), Madrid, 1988, p. 22 ss.





Figura 1

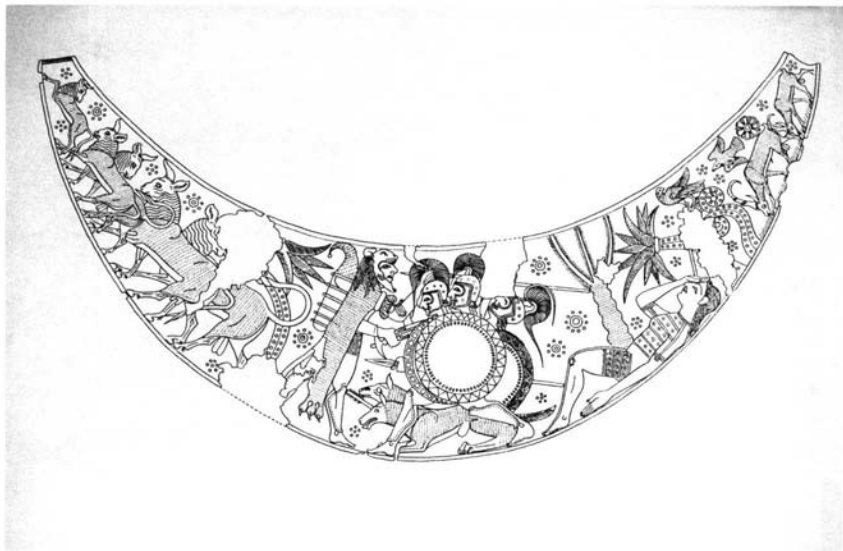
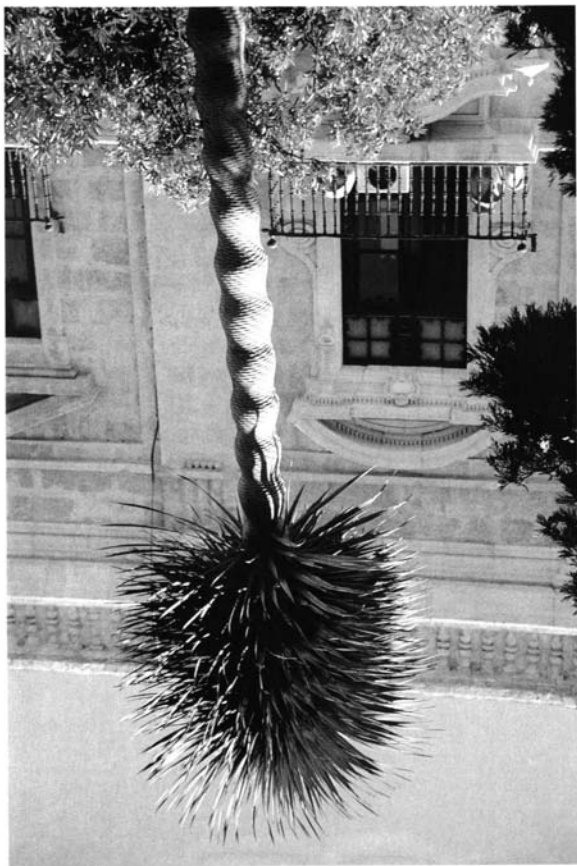


Figura 2

Figura 3



*El drago de Cádiz en un bronce samio del siglo VII A. C.*



Figura 4



Figura 5



Figura 6



Figura 7



Figura 8